VIRULENCIA ALFABETA

LITERATURA SALVADOREÑA SOBRE LA PANDEMIA



Miguel Ángel Azucena
Rafael Rodríguez Díaz
Luis Melgar Brizuela
Abelino Rodríguez
Silvia Ethel Matus
Ana Delmy Amaya
Miguel Ángel Chinchilla
Vladimir Amaya
Amndré Rentería



VIRULENCIA ALFABETA

VIRULENCIA ALFABETA
© Miguel Ángel Chinchilla Amaya
© Luis Melgar Brizuela

Primera edición
San Salvador, El Salvador, 2020

Imagen de portada:
LA CUARENTENA de Antonio Bonilla

Diseño de portada y maquetación:
Santiago Arnulfo Pérez



Impreso en El Salvador / Printed El Salvador

VIRULENCIA ALFABETA

LITERATURA SALVADOREÑA SOBRE LA PANDEMIA

Miguel Ángel Azucena
Rafael Rodríguez Díaz
Luis Melgar Brizuela
Abelino Rodríguez
Silvia Ethel Matus
Ana Delmy Amaya
Miguel Ángel Chinchilla
Vladimir Amaya
Amndré Rentería



VACUNA LITERARIA CONTRA LA VIRULENCIA

En abril del año 2020 cuando convocamos a la comunidad literaria salvadoreña a participar en esta compilación de textos poéticos y narrativos sobre la pandemia del Covid-19, lo hicimos con el propósito de editar un testimonio literario sobre este período inédito y extraordinario en la historia de la humanidad, en el cual el virus nos ha reducido al fondo de la caverna ateridos por el miedo de la peste que desatada e incontrolable, amenaza con destruir a hombres y mujeres sin distinción de razas, credos y filiaciones políticas.

Al principio mucha gente nos llamaba para preguntar sobre la participación y comenzaron a llegar algunos trabajos que íbamos apilando para el momento del cierre de convocatoria y la revisión respectiva. Finalmente llegaron más de una decena de textos de los cuales escogimos los mejores, desechando otros que no cumplían con los criterios de participación como por ejemplo uno que llegó manuscrito.

Deseamos aclarar que esta no es una antología propiamente dicha, sino una compilación libre y abierta sobre un fenómeno universal, donde lo que interesa no es el nombre del autor ni la exquisitez de la obra, más bien lo importante es el

inconsciente colectivo reflejado en diversas expresiones que reflejan la impronta de un momento en nuestra historia, tal cual se ha estado haciendo en otros países a través de la música, el cine, la plástica y obviamente la literatura.

Después de leer y discutir los textos que llegaron, por fin acordamos que los seleccionados serían siete, más nosotros los convocantes, de tal suerte que la lista quedaba compuesta por 9 escritores de la siguiente manera: 1. Amndré Rentería Meza 2. Rafael Rodríguez Díaz 3. Silvia Matus 4. Miguel Ángel Azucena 5. Vladimir Amaya 6. Abelino Rodríguez 7. Ana Delmy Amaya 8. Luis Melgar Brizuela, y 9. Miguel Ángel Chinchilla Amaya. Encontramos en los textos escogidos para la compilación, ironía, denuncia, esperanza, evocación, soledad, humor, muerte y vida, que son temas propios de la literatura de todos los tiempos. Además, entendemos que tras la cortina mediática que da soporte a la información sobre la pandemia, persisten fuerzas oscuras que tratan de aprovechar cualquier situación para lograr ganancias jugosas tanto económicas como políticas, lo cual es obvio tanto a nivel global como local.

El grupo literario Amate que desde sus inicios hace más de treinta años ha sido expresión de transparencia democrática en el contexto de la cultura salvadoreña, tanto en nuestra extinta revista Amate como en las diversas publicaciones que hemos producido, quiere una vez más en esta coyuntura como una forma de catarsis, compartir la palabra con nuestros lectores con el objetivo de trascender el impacto emocional y asimilar las diferentes aristas que este fenómeno biológico ha ocasionado, sobre todo en el contexto de las truculencias y "trukelencias" que nuestro pequeño país

padece en estos momentos en que el nuevo autoritarismo mostrando las pezuñas, pretende aflorar a través de la imposición del miedo, el insulto, la amenaza y la tiranía.

Al principio quisimos titular esta publicación con otro nombre, pero luego decidimos mejor bautizarla como VIRULENCIA ALFABETA, en alusión a la extrema reacción causada por este virus, y a la forma como llamamos a la agrupación latina de fonemas que componen las letras con las cuales nos comunicamos la mayoría de seres humanos, la cual comienza con la letra Alfa o sea la A y continúa con la letra Beta o sea la B, y así sucesivamente.

Esperamos que este fascículo entretenga con su lectura al amable lector, pero sobre todo que lo haga reflexionar sobre las vueltas que ha dado el mundo y sobre las que todavía tiene que dar.

Pero antes de ingresar a la lectura de los textos que conforman la Virulencia, queremos externar nuestro agradecimiento al connotado pintor salvadoreño Antonio Bonilla, por habernos cedido la emblemática imagen de su cuadro LA CUARENTENA para ilustrar la portada de este libro que esperamos sea de su agrado.

AMATE VOS AMATE EL AMATE TODOS

Miguel Ángel Azucena
[1932]

Miguel Ángel Azucena, 1932. Profesor de Lenguaje y Literatura, graduado de Licenciatura en Letras, Universidad de El Salvador, ejerció la docencia por muchos años en la UES y en la Universidad Don Bosco. Ensayista y analista de la literatura, escribe también poesía y cuento. Perteneció al taller literario "Francisco Díaz" y a la Comunidad de Escritores Salvadoreños CES. Pertenece también al grupo literario Amate. Es autor de los ensayos "Realismo y magia una polémica", "Análisis literario de la novela de Claribel Alegría *Cenizas de Izalco*", "El relato testimonial como nuevo género". Ha publicado el poemario *Canto a la vida y al amor*. En Soyapango un grupo de docentes aficionados a la literatura ha creado un circulo literario denominado "Licenciado Miguel Ángel Azucena".

Pandemónium

Esto sucedió en un país del lejano oriente y fue en un mercado, pero no en un mercado persa, como decía mi compadre Clarín.

En ese mercado vendían unos animalitos que parecían gusanitos y que sólo los expertos cocineros del lugar los podían preparar para poderlos comer (esto era todo un secreto).

A ese mercado llegaron unos turistas de diferentes nacionalidades y como tenían hambre compraron gusanitos y así se los comieron y ¿para qué se los comieron?: inmediatamente sintieron grandes dolores de estómago. Los llevaron a un hospital. Pero fue inútil porque todos estaban muriendo. Y lo peor del caso, enfermeras y doctores también se contagiaron y murieron.

Los cadáveres de los turistas los enviaron a sus respectivos países … así comenzó la regazón.

Pasaron los días, los meses y la pandemia seguía arrasando con todo y con todos los habitantes del planeta Tierra.

Todos los países del mundo que son en total ciento noventa y tres se contagiaron y todos sus habitantes se contagiaron. No quedó ni un alma en el planeta Tierra. Todos murieron. Sólo yo sobreviví porque antes de contagiarme me fui en una nave espacial a la luna y ahora soy lunático. Ja ja.

Rafael Rodríguez Díaz

[1943]

Rafael Rodríguez Díaz, nació en Santa Ana, El Salvador, el 19 de mayo de 1943.Perteneció a la Orden jesuita durante 10 años. Con estudios en Ecuador, Nicaragua y España, se Licenció en Filosofía. Desde 1972 trabajó como Catedrático en el Departamento de Letras y luego en Comunicaciones en la Universidad José Simeón Cañas UCA de San Salvador. Dirigió la Revista "Taller de Letras" de 1982 a 1992 y los Programas Radiales "Flor y Canto" y "Análisis Literario" de YSUCA. Se retiró de la docencia Universitaria en 2015. Ha publicado "Oráculos para mi raza", poesía, S.S. 1985, "Amor Medioeval", poesía, S.S. 1987, "Cinco estudios sobre Literatura", Ensayos, S. S., 1989, "Indoamérica en Flor", ensayo, poesía, Chiapas, México, 1994. De pronta publicación "Los Duendes de la barranca honda", narrativa. Actualmente pertenece a los Colectivos Literarios CUICATCALLI, Casa de los Cantos y Telar de las letras.

Días de vuelo

(con especial afecto para Oscar y Araminta)

Estos días de encierro ¡me han enseñado tanto los pájaros, las aves…! siempre he admirado –quizás por herencia ancestral y familiar– las aves migratorias: mi abuela paterna y mi padre me indujeron a extasiarme ante el vuelo de los azacuanes; y yo he procurado transmitir esa afición a mis hijos, a mis descendientes.

Pero estos días en que puedo mirar con más frecuencia el cielo y veo pasar bandadas de palomas ala blanca, de pericos y aun de zanates, he comprendido aun más el valor, lo hermoso de saber qué es vivir en libertad. Es cierto que hay pájaros que se llevan bien con su cautiverio: los pericos australianos de mi hija Úrsula y de mi hermana Bea, las palomas ala blanca que mantuve enjauladas algún tiempo. Esas aves saben comer, contonearse y cantar como si estuvieran en el mejor de los mundos… (también en eso son mis maestros los pájaros).

Mas cuando veo las evoluciones caprichosas del vuelo de las golondrinas y otras aves que pasan a toda velocidad rozando

los techos de las casas, las copas de los árboles, los cables de la luz y del teléfono para ir a posarse a quién sabe dónde, entonces sí que no me cabe la envidia aquí en el pecho: ¡Cómo quisiera escaparme y volar al lado de ellas: describir círculos infinitos como hace en las mañanas, soberbio el gavilán; irme perdiendo lejos, cada vez más lejos…más lejos… más lejos… con las últimas luces del atardecer! porque bien lo dijo aquel poeta triste: "Dos alas ¡quién tuviera dos alas para el vuelo! ¡Esta tarde en la cumbre casi las he tenido!"

Las aves, los pájaros –en inglés hay un solo nombre para ellos: birds– no conocen de fronteras: saltan de un patio a otro de las casas, buscan semillas en los campos o roban comida en los barrios de los pueblos y ciudades.

Los pájaros, las aves viven en otra dimensión: la dimensión del aire, donde no existe el vértigo ni el miedo a las alturas, donde las nubes son compañeras y hermanas en el vuelo, donde el sol, la luna y todos los astros son sus faros-guías diurnos y nocturnos.

Las aves y los pájaros conocen de torres y de campanarios, de islas ignotas, de mares procelosos y de lagos calmos; pescan en ríos, señalizan territorios, anidan en acantilados y anuncian con sus desplazamientos el cambio de las estaciones.

Las aves –los pájaros son una presencia imprescindible entre nosotros: como alimento, como piezas de caza, como trofeos, como adorno, como compañía, pero ahora más que nunca como sabios maestros.

Tantas veces he pensado, viendo sus ágiles maromas en el aire, oyendo sus sonoros y armónicos gorjeos, admirando sus delicadas formas, sus fantásticos plumajes, sus rituales de apareamiento, ¿son felices las aves? ¿conocen algo así como la dicha? y la respuesta ahora más que nunca se me presentó muy clara a contraluz del cielo, como un vuelo en V de las aves migradoras:

Las aves, los pájaros viven en otra dimensión –dijimos– porque es la dimensión del vuelo libre y sin fronteras; pero hay otro nivel aun más alto en esta dimensión de vuelo, y es la que solo conocen los que se mueven y transitan a grandes alturas.

Las aves –los pájaros no se preguntan si hay un cielo después, cuando se mueran, si vendrá una pandemia que acabará con todos ellos, si habrá comida suficiente, si tendrán más hijos… ellos vuelan… simplemente.

Las aves, los pájaros viven a plenitud la vida, cantan a voz en cuello la maravilla, el regalo que encierra cada día, y vuelan…vuelan… porque saben apreciar la magia de la eternidad que anida y que eclosiona con cada amanecer y en cada nuevo instante.

Estos días de encierro ¡me han enseñado tanto, los pájaros, las aves…!

Luis Melgar Brizuela

[1943]

Luis Melgar Brizuela, nació en Suchitoto, Cuscatlán, el 11 de septiembre de 1943. Escritor e investigador literario; indigenista. Licenciado en Letras por la Universidad de El Salvador, y Doctor en Letras Hispánicas por El Colegio de México. Su tesis doctoral, “Las brújulas de Roque Dalton”, ha sido publicada por la DPI (2016). Autor de varios poemarios, entre los cuales destaca “Siete Historias de Cuscatlán”, 1er. Premio en los Juegos Florales de León, Nicaragua, en 2006. Co-autor, con el Grupo Amate, de “El Cipitío en El Salvador Sheraton”, crónica-collage sobre la ofensiva guerrillera de noviembre de 1989. Es, desde largo tiempo, docente e investigador de la Universidad de El Salvador, desde donde ha coordinado, con líderes indígenas, el Festival Yulcuícat, Canto del Corazón.

Oración a Quetzalcóat, dios arcaico de El Salvador-Cuscatlán

(Para que nos proteja de los venenos y de las pandemias
de la Serpiente-Tacuacín que hoy nos desgobierna)

Te saludamos con orgullo maya-pipil,
poderoso Señor Quetzal-Serpiente
que estás en la raíz de nuestra historia
hoy infamada
por un desgobernante aliado y servidor del Imperio
del Norte
que dice presidir el Plan de Cuscatlán
tuiteando decretos en las alas de oscuras golondrinas
(falsamente azules)
a troche y moche.
Te invocamos con vibras ancestrales, oh,
Serpiente Emplumada,
para que nos ampares
desde tus raíces y tus vuelos de aurora
y así podamos liberarnos de la Serpiente-Tacuacín
que envuelta en golondrinas tuiteras
nos entotorota con noticias falsas…

Tú, que eres también Tlahuizcálpan Tecuhtli, el Señor
de la Aurora,
ilumina nuestra romería como en un éxodo
para escapar de los gobernadores de la sombra que nos dan
atole con el twit
al decretar sus arrogantes préstamos con los que nos
revenden como esclavos
de hoy para mañana y a nuestros hijos y a nuestros nietos
en la pandemia de la deuda e(x)terna
con la misma y peor Dependencia que lleva ya para 2021,
200 años
pero que bien contados son más bien 500 años desde
que nuestro abuelo
el Príncipe Atonal
le rajó la pata izquierda al matarife Pedro de Alvarado
con una flecha del tamaño de nuestra dignidad…
Tú, Quetzal-Serpiente,
que eres enemigo de los depredadores y de los dictadores
y en tiempos de Tutecotzimí, sabio rey maya,
nos liberaste de CuauhMichín, el tirano
Serpiente Tacuacín,
ven otra vez a esta tu tierra de joyas y preseas
a descolonizarnos
de farsas y comparsas de virus y coronas,
pues tú no estás en sociedad con los emperadores del Norte
sino con los pueblos del Sur.
Oh tú, Serpiente Emplumada, que esta tierra
de collares presides,
la Cuscatlán, así llamada,
desbanda hacia el país del Nunca Jamás

a las oscuras golondrinas (falsamente azules)
del desgobernante de turno,
caballito chinguero del imperio del Norte,
para que no nos virulencie más
con sus tuiteos mentirosos.
Tú, que vives de Hijo Predilecto,
de Príncipe Heredero
en el Reino del Dos del Amor,
el Omeyócan,
donde vibran su secreto infinito de lo Cerca y lo Junto,
Nuestro Señor y Nuestra Señora del Treceavo Cielo,
Ometecuhti y Omecíhuat, la Divina Pareja,
bendiciendo al Corazón de esta Tierra y al Corazón
de este Cielo,
la Cuscatlán, así llamada,
la cual aún ahora nos siguen robando con empréstitos
pero que con tu luz liberaremos, y con tus caracoles
y pitos y tambores
de Cristo-Quetzalcóat.

Oración a San Romero de América de cara a las pandemias

Vos, mártir,
Vos, profeta,
que fuiste fusilado hace cuarenta terremotos de años
cuando así lo dictaron los ricos y los gringos
y así lo ejecutaron sus peleles, guasones y sicarios…
Vos, que en tu homilía le exigiste al entonces Emperador
del Norte
que cesara de financiar la guerra de los ricos y de sus
asesores gringos
contra los campesinos y obreros de Cuscatlán-El Salvador,
pues estos eran
ovejas y corderos de Cristo que no aguantaban
más la explotación-la represión,
pídele hoy al mero Salvador del Mundo, popularmente
aquí conocido
como El Colocho,
el milagro de cambiarle la falsa conciencia
al falso presidente
para que no nos engatuce más ni nos encadene por siempre

al Fondo Monetario Internacional que, como Vos sabés,
Santo-Profeta y Mártir,
es la treta eterna para colonizarnos y recolonizarnos
desde el podrido corazón de las Metrópolis
Vos, Monseñor de América, Profeta de Abbya Yala,
Pastor inderrotable de los pobres, de los ignorados,
de los vilipendiados,
pedíle al Colocho Divino que ya por fin
nos haga comprender que sólo venceremos
cuando nuestras conciencias se planten en la verdad
de Patria o Dólar,
como han dicho tremendos gladiadores del Sur…
Y para eso, Monseñor Romero,
que regaste o más bien regalaste el cáliz de tu sangre
fructuosamente,
por favor danos tu mano en este túnel tan negro
hacia la luz
de Cristo Liberador,
resucitando Vos otra vez con tu Voz desde Nosotros
en la conciencia incesante de tu homilía
de que ya cese para siempre la represión,
de modo que los pobres peleles del Imperio y sus
soldaditos de plomo
renuncien tocados de tu luz
a la obediencia imbécil de que habló don
Alberto Masferrer,
en El libro de la Vida,
y dejen de oprimir a sus hermanos tan pobres como ellos
hasta alcanzar la Luz del Salvador del Mundo
con quien ahora estás, Monseñor, tan Cerca y Junto.

Seguí, pues, Monseñor, con tu Voz de nosotros,
resucitando en Flor y Canto las preseas de Cuscatlán
pues somos corderos y ovejas de tu voz indignada
que vamos de tu mano a la Mano
del Salvador del Mundo, y venceremos si Vos,
San Romero de América, orás pro nobis en nuestro
Sol Mayor
Resucitándonos.

Abelino Rodríguez

[1945]

Abelino Rodríguez, 22 de julio de 1945. Licenciado en Letras Graduado en UES. Master en Didáctica y Formación de Profesorados, Universidad de Barcelona, España. Profesor en Educación Media para la Enseñanza de las Letras, UES. LIBROS PUBLICADOS: "Lecturas Introductorias a los Estudios Estético Literarios" (1988). "La Ofensiva", Testimonio Reforma 91, Iglesia Luterana de El Salvador, 1992. "Rambo y las Cabras de la U", Cuento en El Amor más Común y Corriente, "Sombrero Azul", 1993. "Las Pesadillas del Coronel", cuento en Octubre el Culpable, Editorial Sombrero Azul, 1994. "La Tamaleada", cuento en Escritores de la Paz, CONCULTURA, 1995. "El Violador anda Suelto", testimonio en Concierto de Estallidos, Sombrero Azul,1996. "El Farabundo Nuestro", poesía; 1997. PREMIOS: Tercer Lugar en la rama de cuento, II Certamen Literario Alfonso Hernández, 1991, Asociación Salvadoreña de Trabajadores del Arte y la Cultura, ASTAC. Mención de Honor, género cuento, Juegos Florales Cojutepecanos,1992. Casa de la Cultura de Cojutepeque. Segundo Lugar, rama testimonio, Certamen Nacional de Literatura "Reforma 91", Iglesia Luterana de El Salvador. Mención de Honor, género cuento, III Certamen Literario Alfonso Hernández, 1992, Asociación Salvadoreña de Trabajadores del Arte y la Cultura, ASTAC. Segundo Lugar, género testimonio IV Certamen Literario Alfonso Hernández, 1995, Asociación Salvadoreña de Trabajadores del Arte y la Cultura, ASTAC.

El corona papilloma

Estiró los miembros inferiores. Se detuvieron la respiración y el pulso sanguíneo. Giró los ojos como si quisiera ver la región superior de su cabeza y por último emitió un suave ruido en el abdomen. –Se fue … es una lástima, dijo el Galeno, un médico de setenta y cinco años de edad, encargado de atender a la paciente. El facultativo ordenó al personal de enfermería que sacaran el cuerpo de la sala y lo depositaran en la morgue, cumpliendo el protocolo indicado para estos casos.

Minutos más tarde el Doctor Bracamonte, Director del Hospital General de Madrid, convocó a una Junta de Médicos.

"Queridos colegas– hablando con una voz suave y triste – no cabe la menor duda de que este es un caso típico de Papilloma, sí… su nombre científico es OTHOCORONAVIRINAE. A partir del siglo IV A.C. varios los brotes que han ido surgiendo a lo largo de la historia. En el año 3,200 A.C. existió el BETACORONAVIRINAE. En el año 3,000 A.C. el DELTACORONAVIRINA. Y en el año 2,800 A.C. los investigadores descubrieron que se propagó el GAMMA-CORO-

NAVIRINAE y en el año 2, 400 A.C. surgió el ALPHA– CORONAVIRINAE. Sin embargo, no es necesario ir tan lejos en el tiempo para encontrar familiares directos de este bicho. En el siglo XVIII, el CORONAVIRINAE bovino ya estaba ligado a los humanos y los científicos están de acuerdo en que fue entre 1890 A.C. y 1899 A.C. cuando se produjo el nacimiento del que afecta a las personas, pero no saben si fue una separación respecto al bovino o por una mutación.

A pesar de esta línea temporal, el familiar común más cercano se remonta a los años cincuenta del siglo veinte. Se trata del OC43 y se encuentra estrechamente relacionado con varias especies de murciélagos, de acuerdo con los últimos estudios.

En los humanos fue detectado por primera vez en los años sesenta del siglo veinte, concretamente en las cavidades nasales y desde entonces han sido identificados seis nuevos miembros de esta familia, siendo el último el 2019-nCOV.
–¡Uy doctor, quiere usted decir que este animal es más viejo que el tufo!– comentó uno de los médicos más jóvenes.
–Exactamente. Y no cabe duda que fue una de las siete plagas de Egipto en los tiempos de Moisés, cuando Egipto era gobernado por el Faraón Tutmose III, entre los años 1490 y 1450 A.C. Estamos frente a un virus criminal. No tiene cura, solo durante este año, se han contaminado veinticinco millones de personas y ha muerto un millón de seres humanos en todo el mundo".

El médico encargado de la paciente había realizado todas las acciones fundamentales para aliviar los síntomas y mantener las

funciones vitales, pero la fuerza de aquella enfermedad, en forma inclemente había llevado a un punto trágico aquella batalla por la vida, librada por el galeno y la misma enferma, quien hacía unos quince días había ingresado al Hospital General de Madrid con una tos seca, fiebre, dolor muscular(mialgia), falta de aire para respirar (disnea), diarrea y fiebre. Frente a este cuadro clínico, el médico diagnosticó neumonía. Y tomando en consideración que hasta hoy día no existe cura para esta enfermedad, le aplicó un tratamiento a base de antigripales y antinflamatorios, tal como se trata a cualquier gripe común.

Tatiana, nombre de la enferma, se había casado cinco veces, sin haber procreado un hijo. Los endocrinólogos/reproductivos, nunca pudieron encontrar un método y medicamento efectivo a fin de que resultara embarazada. Todos los esfuerzos para tener hijo habían resultado infructuosos, razón por la cual siempre sus uniones matrimoniales terminaron en separación.

Luego de efectuado el quinto divorcio emprendió un largo viaje a China. Así fue como después de tres días y sus noches, luego de haber hecho escala primero en Panamá y después en Madrid, aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Shanghái, a bordo de un avión de la Compañía Air China. Se hospedó en el Star Luxury Hotel, ubicado en el centro de Shanghái a la una de la tarde del 31 de diciembre de 2019. Aquella noche se durmió pronto debido al cansancio por causa del largo viaje realizado. Cuando amanecía el 01 de enero de 2020, soñaba haciendo el amor con el primer marido que había tenido y, cuando despertó, encima de ella se

movía jadeante el Botones del hotel, un joven chino de veinticinco años de edad. Ella no protestó por desconocer las leyes de aquel lejano país, además el chinito le había ayudado a volver a vivir, aunque en estado de sueño, alguno de los momentos agradables con el primer amor que había tenido en su vida. Por otro lado, lo hecho no podía deshacerlo. En consecuencia y tomando en cuenta estas consideraciones, se negó incrementar los problemas y frustraciones, que tenía ya de sobra.

Después del desayuno, visitó algunos lugares exóticos de la maravillosa ciudad. Cuando regresó al hotel, el recepcionista le entregó una nota de la Cancillería en la cual se le ordenaba abandonar inmediatamente el país.

–¡Por Dios, qué falta he cometido, si acabo de llegar!

–Nada, señorita, respondió el recepcionista, quien a continuación le comentó que algo grave estaba pasando en el país, sin especificar de qué se trataba. Se limitó a decirle que las autoridades temían que los turistas resultaren perjudicados. Es más, el costo del vuelo de regreso a Madrid correría por cuenta del gobierno.

–¡Estoy cansada, me marcharé dentro de tres días!

–¡Tiene que irse hoy, aquí está su maleta!

Media hora más tarde, abordaba el avión rumbo a Madrid. Atrás dejaba el sueño de haber visitado los lugares de encanto

pintados en las páginas promocionales del turismo chino. En el interior del avión, una pareja de pasajeros platicaba sobre una extraña enfermedad que atacaba de forma inclemente a la población, lo cual traería consecuencias catastróficas, no sólo a China, sino que también al planeta entero. Trece horas más tarde, pisaba tierra madrileña. Y quince días después la ingresaban al hospital con una profunda neumonía. Luego de transcurridas dos semanas más, un médico la declaraba muerta.

Las enfermeras, cuando llevaban la difunta a la morgue, a través de los parlantes recibieron un llamado de emergencia, por lo que tuvieron que dejar a la difunta en un pequeño rincón y todo mundo se olvidó de ella en los siguientes siete días. Los enterradores realizaron tres viajes al cementerio a enterrar cadáveres, mientras el cuerpo de la mujer muerta continuaba allí en el rincón. Hasta que cierto día por la mañana, el doctor Bracamonte recorría el pasillo y pasaba cerca del rinconcito, preguntó: ¿y a esta por qué no la han llevado a la morgue? Y levantó la sábana blanca.

–¡Tengo hambre!, –expresó al instante, la mujer que ocupaba la cama.

A partir de aquel momento, el personal médico, el de enfermería y de servicio estallaron de alegría por lo ocurrido.

–Este es un milagro– comentaban.

–Yo vi cuando murió –dijo el médico que la asistió–. ¡Está viva, qué bueno!, denle algo de comer.

La recuperación de Tatiana se desarrolló aceleradamente. Ocho días después le daban el alta, luego de un chequeo general el cual indicaba que se encontraba completamente sana. Además, las pruebas le detectaron un embarazo. Consecuentemente, en septiembre del mismo año nació un niño chino.

Silvia Ethel Matus Avelar

[1950]

Silvia Ethel Matus Avelar, nació en Nejapa, departamento de San Salvador el 12 de marzo de 1950. Luchadora contra las dictaduras civiles y militares hasta los Acuerdos de Paz en 1992. Activista y defensora de los derechos de las mujeres. Ha publicado: en poesía "En la dimensión del tránsito" 1996; "Insumisa Primavera", 2002; "Partisana del Amor" 2012; y una plaquette "Fogatas y Mieses". Ha participado en Antologías como: "Poesía de Mujeres en la Resistencia El Salvado-Sudáfrica", Trilogía poética de la Mujeres en Hispanoamérica, tomo "Rebeldes", México; "Antología de poemas Landais de mujeres", Italia. Antología: "Palabra de Hermanos El Salvador-Argentina". Antología "Poeta soy", Ministerio de Cultura de El Salvador. Antología "Mujeres que se crean a sí mismas" Alcaldía de San Salvador. Antología "Tzuntekwani", cabeza de jaguar, Secretaría de Cultura del FMLN. Ha participado en recitales individuales y colectivos en México, Nicaragua, Honduras y Guatemala.

La luna y el deseo

Sinfonía de luna llena
partituras que se mecen en las hojas
se funden en el río
en el llanto del bebé
en el ronroneo del gato
y paren las mujeres
y las mareas se encabritan
y las hormonas se desatan
y la humedad del deseo destilado añejo.
Ni el verde olivo con su falo en ristre
dispuesto al castigo
pueden disuadirlo
negarlo
soterrarlo.
Si algo va a sobrevivir
después del cataclismo
son la luna y el deseo.

Poema de la cuarentena, año 1

Señales de alarma
ambiente de miedo
como ratones atrapados
en el laberinto
corremos
atropellamos
acumulamos
consumimos.
Los cuerpos rehenes
en recintos malolientes
los altoparlantes reproducen
desesperanza y sin sentido
la verdad en arresto domiciliar
calladamente la pobrería
se consume en el gris.
En la ciudad
silencio y quietud artificial
cultivada por el viejo/
renovado verde olivo.

Mas siempre la esperanza
ojos y oídos vigilantes
resistentes
que la rebeldía sueñe
que no acabe la dicha
que no claudique el deseo
que la maravilla exista.

A la orilla del abismo

I.
Campana de silencio que cubre las huellas vitales
los abrazos que no serán
el beso que se estrella contra el vacío
los museos y los teatros yermos
los bares y su murmullante humo
silenciados
y la bota y el grillete
por el que debemos estar agradecidos.
Fieras somos ahora
olfateando el peligro en la llanura
alertas
devorando insomnios
musitando rezos
recordando la vida postergada
los amores idos
los hijos y las hijas en su transcurrir
la renuncia de los sencillos apegos cotidianos
ralentizamos sueños

somos sombras higienizadas con vapor de olvido
y el deja vú cuando tropiezas con un tanque de guerra

II
¿En esta distopía realizada hay una trampa?
¿Hemos regresado al lugar donde se incubaban
cadenas silenciosas y las
ceremonias del deleite cotidiano
muchas veces las unas sin el otro?
¿Se trata de volver al tiempo de las ancestras
recluidas mientras el hombre proveía la caza?
Solo sé que manos de mujeres
armadas de crayolas y fantásticos relatos
sosiegan a las crías
besan con ternura sus sienes
conjuran el derrumbe...
mientras todo está en pausa.

III
Incierta mi vida ahora
solo pido que recuerden que mi musa fue la vida
y la palabra mi cómplice
y no olviden los nombres de las guerreras
con batas blancas o delantales coloridos
detrás de ordenadores
mostradores de supermercados, de
alimentos ventas de verduras y en boticas
Que los siglos venideros revivan sus hazañas
cuando la especie estuvo a la orilla del abismo
cuando soñábamos con esperanza aires de primavera.

Ana Delmy Amaya Aguilar

Ana Delmy Amaya Aguilar. Nació en Sensuntepeque, departamento de Cabañas. Licenciada en Letras por la Universidad de El Salvador; Doctora en Literatura Latinoamericana por la Universidad Americana de Andragogía, SA. Poesía publicada: “Imaginario de amor y esperanza”; “Corazón sin tiempo”; “Oda a la Patria Bicentenaria”; “Pensando con el alma”; “Mi voz”.

Cuarentena sin amarras

…Y en las mañanas abrir los ojos
con la esperanza en el cáliz
afanes de acuarelas humanas
amorosas,
fieles con los pinceles y las letras
entre las horas, y el entrecejo.
Pasaron 6 gaviotas en vuelo excelso
añorando presencias y ausencias.
Un protocolo sin fin
un esmerado cuido.
Un sol brillante, pájaros cantando el día
Y un "dichosofuí" izando
el amor que alumbra la vegetación sonriente.
El almendro, vida dorada
amor y sombra escarlata.
Seis meses juntos
el mejor regalo
frente a la pandemia cruel
Y el poder oculto a sus espaldas

Dios infinito, dicen las noches,
no permitas que la humanidad colapse
no letalidad, ni contagios.
Una cuarentena propia prolongada
sencilla, voluntaria
Y el amor zigzagueando
entre ixoras alegrías begonias tristezas y palmeras.
El naranjo en fruto y las guirnaldas sonrientes.
Gracias misericordia.

Miguel Ángel Chinchilla Amaya
[1956]

Miguel Ángel Chinchilla Amaya, 7 de agosto de 1956. Escribe poesía, cuento, fábula, novela y periodismo literario. Estudió Jurisprudencia y CCSS en la Universidad de El Salvador. En producción radiofónica, produjo la mayor antología de la cuentística salvadoreña y de otros países en lenguaje radiofónico. Libros publicados: Poesía: "Jaculatorias después del tarot", "Romero Crucis", "Algunos proverbos y otras minucias", "Libro de las respuestas", "Libro de los oficios", "Geografía del Orgasmo", "Testimonio a corazón abierto" Teatro: "Las Abejas", "Las Aventuras de Cipitío", "El Montaje de Las Noches Fúnebres", "El Cura sin Cabeza". Cuento: "Fábulas de Mais", "La Chele Tere", "San Salvador Gaviota", "El cuento de cómo Cipitío y Pulgarcito se hicieron amigos"; "Abía una vez", "Grandes Narradores de Centro América" (disco antológico); "Grandes Narradoras de Centro América" (disco antológico) Novela: "Pupilo Petaca", "D la Dicha Suprema", "La Codorniz del Paraíso", "El Regreso de Uraco" (periolibro en Diario Colatino), "Rosalía". Periodismo: "El Cipitío en El Salvador Sheraton", "Medardo Obispo de la paz" (ambos en coautoría), "Memoria de mis clásicos". En 2011 publicó la investigación "Historia General de la Procuraduría General de la República", en el contexto del Bicentenario del Primer Grito de Independencia en Centro América. Co-fundador del desaparecido suplemento literario "Los Cinco Negritos" en Diario El Mundo. Miembro del grupo literario Amate. Enlace Propietario por El Salvador en la Asociación de Escritoras y Escritores de Centro América, ADECA.

Infidelidades en tiempo de pandemia

Eran como las diez de la noche cuando sonó el timbre del WhatsApp. Hacía un calor espeso y húmedo que provocaba la reproducción de colonias de zancudos a granel. En aquel momento estaba viendo televisión con su mujer. El ruido isócrono del ventilador competía con el aparato de TV. Los niños dormían. Tomó el teléfono y comenzó a leer:

Hola, le escribo pq nesesito berlo. Por esta mierda de la pandemia serraron la fabrica y aorita estoy como dicen en la caye, aber si me puede pasar unos villetes. Yo se que mañana puede salir pq tenemos la misma terminación de dui. Alludeme porfa. Nos bemos a la misma ora y en el mismo lugar. Si no viene le boy a contar todo a su mujer oyó.

Tragando gordo apagó el teléfono con cólera y entre dientes dijo algo así como hijeputa. ¿Qué pasó? Preguntó la mujer; nada, contestó él, es que un compañero me comenta que los del gobierno dicen que no hay fondos para pagar salarios; Pero qué barbaridad, exclamó ella, con ese montón de pisto que los diputados le están aprobando al mentado presiden-

te, y dicen que no roban, acotó. A propósito, continuó diciendo luego de una pausa, la lavadora no funciona parece que se arruinó; Umm, gruñó el hombre, te tocará entonces lavar a mano.

Una semana después, temprano por la mañana tocaron a la puerta con insistencia. El calor continuaba incisivo, lacerante, bochornoso, hacía días que no llovía. Al abrir la puerta protegido con su respectiva mascarilla, quedó sorprendido al ver a un grupo de astronautas –por lo menos eso parecían– envueltos en trajes de plástico y sus rostros cubiertos con caretas transparentes, acompañados por unos soldados que portaban armas largas. –Buenos días, dijo una de las mujeres, ¿don Fulano Perencejo?; –Sí, cómo no, soy yo, para servirles; –¿Conoce usted a Menganita de Tal? Volvió a interrogar la voz detrás de la careta. Al escuchar aquel nombre, Fulano sintió un estremecimiento desde la raíz de los pies hasta la silla turca en la base del cráneo, teniendo que aceptar con titubeos que ciertamente conocía a Menganita. La última vez que la vio fue días atrás cuando le llevó una ayuda económica, ya que la muchacha había quedado sin trabajo porque el presidente de la república mandó a cerrar la fábrica donde ella trabajaba, no por contagio sino por diferencias políticas con el propietario de la empresa. Debido a la cuarentena tenían días de no verse, así que fue inevitable que Fulano y Mengana terminaran en la cama.

Entonces, le dijo otro de los astronautas, va a tener que acompañarnos ya que la señorita Mengana ha dado positivo al virus y se encuentra en estado crítico, y además ha dicho

que una de las últimas personas que estuvo con ella hace aproximadamente una semana, fue usted. Fulano sintió en aquel momento que se hundía en un hoyo profundo sin fin, tanto que se vio obligado a sostenerse en la puerta ya que por un instante creyó que se iba a desmayar. En eso apareció su mujer preguntando qué pasaba, y al enterarse comenzó a llorar siendo víctima en aquel momento de un exceso de tos ante la mirada atónita de los astronautas. Los dos pequeños niños también gimoteaban agarrados al cuerpo de su mamá que todavía andaba en camisón de dormir. Para colmo otra voz atiplada de aquellos astronautas, dijo que era necesario que todo el grupo familiar les acompañara, para realizar las pruebas respectivas, cumpliendo con los protocolos establecidos por la OMS y la OPS.

Así entonces, mientras todo el vecindario se enteraba de lo sucedido desde las ventanas de sus casas, aquel grupo de astronautas del ministerio de salud se llevaron a Fulano, su mujer y sus hijos por sospechas de haber contraído el maldito virus.

Enfrente del apartamento de esta familia, vivía un hombre joven con aspecto de matalascallando y que según decían practicaba varios oficios. Antes de la pandemia vivía con él una mujercita que hubo de abandonarlo para fugarse con un primo hacia el Norte. Aquella mañana que Fulano salió al encuentro furtivo con Mengana, por pura casualidad la vecina le comentó al dicho vecino que la lavadora no le funcionaba, y entonces el hombre muy amable se ofreció para revisar la máquina, comprobando que era apenas el cable

del conector lo que no servía, cambiándolo de inmediato en cosa de media hora.

Luego entonces, la vecina preguntó cuánto le debía, pero el hombre con una sonrisa lasciva observando sin recato los pezones de la mujer que como capullos amenazaban con reventar la tela de su blusa, le dijo: –Pero cómo cree vecina, si no ha sido nada; mas como ella insistiera y adivinando en sus pupilas un destello de picardía, aquel hombre atrevido y temerario le dijo: –vaya pues, mire vecinita, págueme con un beso; y entonces ella, abriendo sorprendida sus grandes ojos almendrados, como haciéndose la ofendida, luego de dibujar una sonrisa de rubor en sus labios, y al recordar aquel mensaje de WhatsApp en el teléfono de su marido que había podido leer cuando él se durmió; cerrando los ojos le dio un gran beso al vecino primero de piquito y después de lengua, y aquel hombre nada lento ya enervado le apretó las tetas con lujuria, ante lo cual ella lo empujó diciéndole, ahorita no, mejor después, dejándolo con las ganas.

Fue entonces que, al percatarse aquella mañana desde su ventana, cuando los del ministerio se llevaban a la vecina, al marido y a los niños, de seguro infectados por el virus, al hombre de los mil oficios le entró de pronto un pánico supino y comenzó a sentir astenia y un agudo dolor en el pecho, arrepentido por aquel beso furtivo que según él significaba el inicio de una ardiente aventura, aunque la verdad lo único ardiente en ese momento era el infernal clima.

El mensaje de la botella

Ya van tocando a la puerta cinco o siete veces desde anoche, cada vez lo hacen más fuerte como con furia. Mi mujer y yo guardamos un silencio total como dicen sepulcral, y no abrimos porque sabemos lo que quieren y desde luego nosotros no estamos dispuestos.

Todo comenzó hace un par de semanas cuando el hombre ese como dice mi mujer, anunció en cadena de radio y televisión, rodeado de soldados armados como en tiempos de la guerra, que por fin tenía en sus manos la cura contra la peste, la cual había adquirido en Israel y era obligación so pena de prisión, que todos y cada uno fuéramos inoculados con aquel medicamento, el cual sería aplicado en días y horas establecidos de acuerdo al número de cada quien en el documento de identidad. Mostró entonces un aparato con forma de engrapadora, cuya función era insertar en la muñeca de la mano una especie de microchip o algo parecido. El procedimiento, explicó, con una sonrisa de rictus y sus ojos inyectados y rojos como los conejos, no provocaría ningún dolor.

Al día siguiente la televisión mostraba las tremendas aglomeraciones de las primeras personas que como reses en el matadero recibían aquella cura milagrosa, según lo indicado por el dicho hombre que era ni más ni menos el presidente de la nación. Mi mujer y yo entonces quedamos asustados al ver por la pantalla las primeras personas inoculadas convertidas prácticamente en zombis, con la mirada fija al vacío y sin mencionar una sola palabra ante las preguntas de los periodistas, como en una película de terror.

Fue así que decidimos no acudir en la fecha que nos tocaba, a pesar de la amenaza que no hacerlo significaba y ante el riesgo de que la gente ya inoculada nos delatara, ya que dicho microchip según averiguamos en la Internet, es una especie de detector de opositores que rastrea cual un sabueso electrónico cualquier pensamiento contrario que se salga del guacal.

Con mi mujer hemos decidido resistir y escribir una nota metiéndola en esta botella de vino, para que en el futuro cualquiera que la encuentre se entere de los aciagos momentos que estamos viviendo, ya que pensamos no abrir la puerta y soportar con denuedo cualquier cosa que venga. Menos mal que todavía tenemos víveres y agua aproximadamente para una semana, y además guardo aquí esta vieja pistola que en el momento preciso vamos a utilizar. No pasarán le digo a mi mujer, y ella resuelta repite no pasarán, mientras ponemos el sofá y los sillones contra la puerta.

La corona del virus

En estos días hay días
Que pasan lentos como leer Ulises
Hay otros que pasan de prisa
Como una rola de los Rolling Stone
Y otros que fluyen anodinos
Como ciertos programas de televisión;
Mientras las ideas rebullen alborotadas
Como ladrillos de una pared destruida
Y la mente de veras abotagada
Por mil mensajes cincelando noche y día:
Quédate lávate prohibido besar;
Un espectro recorriendo el mundo
Un pánico que da tos erizando los pulmones
Un virus propalado con premeditación y dolo
Y en el hoyo, un sátrapa con germen de tiranía
Aprovechando las aguas sucias y turbulentas
Del rio contaminado, para luego
Ponerse la corona del virus de la ignominia
Gritando con garbo yo soy el Estado
Mientras a fuego lento se cuece el caldo
Del karma histórico que nunca olvida.

Vladimir Amaya
[1985]

Vladimir Amaya. Nació en San Salvador el 18 de agosto de 1985. Licenciado en Letras por la Universidad de El Salvador. Ha sido director de la Revista Cultura. Ha publicado los poemarios: "Los ángeles anémicos" (San Salvador, 2010), "Agua inhóspita" (San Salvador, 2010), "La ceremonia de estar solo" (San Salvador, 2013), "El entierro de todas las novias" (San Salvador, 2013), "Tufo" (San Salvador, 2014), "La princesa de los ahorcados y otras creaturas aéreas" (San Salvador, 2015), "Este quemarse de sangres entre lágrimas y excrementos" (San Salvador, 2017).

El chico cuarentena

> "Esta pandemia es un nuevo desafío a lo que hasta el momento hemos experimentado como seres humanos, pero como nunca antes disponemos de herramientas tecnológicas que nos puedan ayudar a evitar un impacto mayor y por el contrario, entender que la tecnología es una de las mejores herramientas para evitar la propagación de enfermedades…".

Alexander Rojas a los ornitorrincos espaciales

Día setecientos
y mi cabello y barba todavía crecen.
"Cuarenta días y Cuarenta noches",
es como le llaman a este "look" bíblico.
Duermo poco
y despierto hasta muy tarde.
Salgo por provisiones una vez a la semana.
Me pongo mis guantes de boxeador;
mi mascarilla doble filtro para gases,
gafas de soldador, mi traje anti radiactivo
y un viejo escapulario
en el cual mi abuela confía mucho.
Y así voy abriéndome camino en medio de la muerte.

Celular en mano,
tomo videos, fotografías para poner en evidencia
la mala gestión de las autoridades,
la mala educación de mis vecinos.
Lo subo todo a mis redes sociales
en espera de likes y reacciones.
Comparto otros videos, comentarios chuscos,
diatribas políticas que no entiendo
pero supongo entender porque entender está de moda.
Y me tiro en el sofá lo que resta del día
a ver en Netflix el maratón de Star Wars,
a jugar videos juegos,
a compartir mis tik tok preferidos,
a viralizar stickers en WhatsApp,
a hacer más grande mi colección de imágenes
de cucharas en Pinterest
y a buscar los memes que mejor me representen.
Y a las seis de la tarde
soy polemista en Twitter:
pedagogo, politólogo de la realidad nacional,
con doctorado certificado en ufología;
a las siete, desde mi canal de YouTube,
comparto tutoriales sobre vida vegana
y cómo activar nuestros chacras.
A las ocho, en Instagram:
sesión fotográfica con mis gatos.
a las nueve en directo, por Facebook Live:
recital de mis poemas sobre la cuarentena y otros encierros,
todo acompañado de cigarros y alcohol,

porque, en resumidas cuentas: soy el poeta maldito
y mi mamá paga los recibos a fin de mes.
Y antes de dormirme,
un repaso a las noticias,
un recuento de la ira:
Maldecir en secreto a mis vecinos por no entender
          las circunstancias,
Maldecir en secreto a las autoridades por no entender
          las circunstancias,
Ponerme triste y melancólico
por los muertos en televisión.
Abogar por lo desposeídos
desde mis sábanas limpias,
pero guardar una plegaria
en lo más profundo del pecho:
esa esperanza culposa
que vuelvan los snacks y los churritos.

Maldito bolovirus

“Sin libertad lo que vivo no es mi vida”
José Luis Sampedro
a las ratas fucsias de nieve

Maldito bolovirus,
demostró que nosotros somos el virus.
Cancelada la vida hasta nuevo aviso,
me dijeron.
Adiós a todos nuestros planes:
El cumpleaños en la playa,
la boda del amigo,
el bautismo de la sobrina.
La Comic-Con de este año: a la basura.
Los estrenos en el teatro, ni se digan.
Las salidas al parque: derogadas;
las tardes en el cine, solo en sueños.
Los sábados en las discotecas,
los domingos en el estadio celebrando el gol infinito

no volverán más.
Extraño salir en familia.
¡Ya no aguanto a mi familia!
Se terminaron los paseos a la feria,
las reuniones casuales en las cafeterías,
los viajes al campo, los conciertos,
las discusiones en los bares,
las reconciliaciones en un abrazo.
En este encierro
echo de menos a todos esos amigos
que ya nunca conoceré.
Maldito bolovirus,
mostró que no soportamos estar
con nosotros mismos.
Ahora
el trabajo online es doble;
y la paga, menos.
Dicen que todavía faltan cuarenta cuarentenas
para que nos falten cuarenta cuarentenas más
y llegar, por fin, a la última cuarentena.
Maldito bolovirus,
jamás fue invitado a la mesa,
y el miserable escupió en nuestras sopas.
Maldito bolovirus.
Odio al chino que se comió el murciélago
y odio al murciélago que se dejó comer.

Pajaritas de papel en cuarentena

Mi hermano murió hoy.
Una noche de miércoles llegó a casa
con dolor de garganta.
Estornudó más de tres veces a la hora de la cena.
Mi prima Mercedes lo llamó "Satanás"
y pidió que no se le acercara. Todos nos reímos.
"Estarás bien", le dijo el abuelo;
"deber ser el sereno, o algo así".
"Me duele el pecho, papá" dijo más tarde.
"No exagerés, dejame ver el partido".
Madre le preparó un té de jengibre y miel.
Abuela le dijo:
"Pedile al señor que te sane
con su mano poderosa, mi hijito",
"Duele esta mierda.
Arde, martilla,
muerde desde muy adentro",
me dijo mi hermano, ahogándose en su saliva.
"Buena noches, cerote, mañana me sentiré mejor",

me dijo, relajado.
Así me dijo aquella noche
cuando ya no lo volví a ver.
Mi hermano murió
hoy que el mundo agoniza como nunca.
Los siguientes fueron mis abuelos,
dejaron sus maletas abiertas en la habitación
donde ahora cabe el cielo y sus preguntas.
Luego fue Mercedes y mis tíos,
y mis amigos de la carrera;
más tarde mis maestros
y los amigos del trabajo de mamá.
Todo era una leve tos,
una insospechada fiebre,
y las promesas quedaban esparcidas y rotas
a lo largo de una carretera infestada de cruces.
Una noche no trasmitieron el partido de fútbol.
Apareció el Presidente
como venido de otra galaxia:
con mascarilla circunspecta y guantes solemnes.
Desde ese momento
los parques fueron clausurados,
los mercados prohibidos,
las fiestas canceladas,
las reuniones pospuestas;
Los besos abolidos.
Los niños ya no fueron a la escuela.
Rebalsaban las morgues
porque afuera la vida detenía su paso en un respiro,

y las lágrimas de un país cubrían todas las estrellas.
Los días se convirtieron en caracoles.
Hicieron de nuestros días
una prisión de olores conocidos y repeticiones.
Algunos se los llevaron a los centros de contención
por encontrarlos trabajando en la calle:
al vendedor de dulces,
la señora de los tomates;
para ellos no alcanzó la ayuda de los subsidios ni los bonos.
Al pobre siempre le ha salido más barato morirse.
Padre también se fue una tarde
justo a la hora cuando inició el toque de queda.
Dejó en la sala un televisor encendido
lleno de recuerdos en tonos grises, pero también de colores.
Y madre
en el grito se fue en silencio.
Larga muerte.
Muerte sin ataúd
ni adiós,
porque a la muerte nunca le han gustado las despedidas,
y se queda.
Desde hace meses que los meses dejaron de llegar.
Las noticias dicen que escasea la comida.
Dicen que todavía hay esperanzas.
Las noticias dicen muchas cosas...
Raciones de luz hoy, raciones de agua mañana.
Y un día ya no volvieron los suministros.
Llegó el colapso.
Por las noches los vecinos aúllan, se lamentan.

El barrio es un charco de horrendos alaridos.
La furia, el encierro, el cansancio, la angustia
les ha hecho perder la cabeza.
Son las ocho de la tristeza en un reloj sin tiempo.
En mi casa solo yo y mi hermana menor
tendida en la cama, muerta.
No tuve flores para regar su cadáver,
solo esas pajaritas de papel que tanto le gustaba que le hiciera.
Nadie respondió a la bandera blanca puesta en la puerta.
“El mundo se acabará hoy”, pienso,
porque ahora eso es mi última esperanza.
Afuera: el caos y el saqueo.
Y la gente que no está muriendo
se insulta y se maldice.
Que, por cuestiones de economía,
política,
qué sé yo...
yo,
que he tosido sangre esta noche
y me duele mucho el pecho.

Amndré Rentería Meza

[1983]

Amndré Rentería Meza, seudónimo de Nelson Rentería Meza (San Salvador, 1983). Licenciado en Periodismo, Universidad de El Salvador (UES). Labora para la agencia de noticias Thomson Reuters. Ha participado en talleres de literatura en la Casa del Escritor Salvador Salazar Arrué y en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA). Algunos cuentos suyos fueron incluidos en la antología de narrativa "El territorio del ciprés" (Índole Editores, 2018); ha publicado en la Revista Cultura y el Suplemento Tres Mil, de Diario CoLatino. Ha sido premiado y logrado menciones de honor en diferentes certámenes literarios. Es parte del Colectivo y Taller Literario "Palabra y Obra".

Es una cuestión de higiene

–Señora, bien sabe que no puede estar acá afuera –le dijo el policía recién asignado al patrullaje del complejo de apartamentos.

–No estoy afuera –dijo ella– estoy sentada antes del umbral. El policía, que guardaba la distancia, se dio perfecta cuenta que la mujer decía la verdad. –¿Y qué es lo que está haciendo? –preguntó el agente.

–Me corto las uñas –respondió ella de forma seca y siguió su labor. El policía observó cómo la mujer acomodaba el cortaúñas en la punta de uno de sus dedos del pie y hacía presión en la palanca. Sonó click y un pedazo de dátil salió disparado por el aire. El agente vio asqueado la escena.

–Lo que usted está haciendo es anti higiénico –se aventuró a decirle. –Antihigiénico sería que no me las cortara –dijo ella, avanzando con el accesorio plateado al siguiente dedo.

–¿Y por qué no lo hace adentro de su vivienda?

–No hay suficiente luz –contestó.

El policía miró para ambos lados como buscando una respuesta. Involuntariamente se quitó la gorra y se rascó la cabeza. Luego de unos segundos de silencio comentó:

–Lo que usted está haciendo no es agradable ni salubre, señora. Tenga compasión de sus vecinos –dijo él.

–Es una cuestión de higiene –replicó ella– debo mantenerme limpia o de lo contrario el bicho puede esconderse debajo de mis uñas.

–Por eso mismo le digo que lo haga adentro de su vivienda... ¿Qué van a decir sus vecinos? Está poniendo en riesgo a todos.

–A mí lo que digan los vecinos me tiene sin cuidado –dijo ella irritada–. Luego detuvo su faena, levantó la mirada y vio con severidad al policía–. Bueno, y a todo esto ¿por qué tengo que darle explicaciones?

–No olvide usted que yo soy la autoridad.

– ¿Y en qué ley está escrito que yo no puedo cortarme las uñas? El policía perdió la paciencia.

–Son tiempos excepcionales, señora. Le ordeno que entre a su casa.

– No quiero.

– No voy a repetirlo...

La mujer siguió en la misma posición. El policía se aclaró la voz. –¡Es una orden!

La mujer se rio burlona y eso enfadó aún más al policía.

–Le doy tres segundos para que entre a su casa o de lo contrario... –Aún no he terminado.

–Uno... –No sea usted tan desesperado, ya está casi listo.

–Dos... –¡Que no entiende que no he terminado, le estoy diciendo! –gritó la mujer. –¡Está usted arrestada! –gritó iracundo el policía y bajó la mirada para buscar las esposas. Los vecinos confinados en sus apartamentos se asustaron por los repentinos gritos, pero nadie se atrevió a salir.

Cuando el agente se giró de nuevo con las esposas en la mano, la mujer ya no estaba en su lugar y la puerta estaba cerrada. El policía avanzó molesto hasta la puerta y con los nudillos, enfundados en guantes de látex, golpeó la superficie de madera.

Pom, pom, pom, pom.

–¡Abra la puerta, señora! ¡Es una orden! ¡Abra la puerta, esto no es un juego! Los vecinos estaban atemorizados detrás de

las paredes. El agente siguió golpeando la puerta y gritando por varios minutos, pero de repente se calmó y todo volvió a quedar en silencio.

–Ya está, señora, voy a derribar la puerta y voy a entrar. No necesito una orden de allanamiento para eso –dijo el policía y dio cinco pasos hacia atrás para agarrar impulso.

En ese instante una de las puertas de los apartamentos más próximos se abrió de par en par. De forma tímida apareció un hombre vistiendo una mascarilla, guantes y anteojos de plástico. El tipo llamó al policía y le dijo algo. Este volvió la mirada hacia el hombre que se escondía tras la puerta, pero no entendió lo que decía. –¿Qué es lo que desea, hombre? No ve que estoy en medio de una operación... El vecino habló más fuerte:

–Le digo que ahí no hay nadie.

–¿Cómo dice? –preguntó el policía y se acercó hasta el hombre.

–Aléjese, por favor, usted como autoridad debe ser el primero en respetar la orden de distanciamiento social.

–Lo siento –dijo el agente apenado y dio tres pasos hacia atrás –no me había dado cuenta. ¿Qué es lo que me está diciendo?

–Que no hay nadie en ese apartamento, está vacío –dijo el vecino.

–¿Cómo que no hay nadie? Ahorita mismo estaba conversando con una mujer que... –¿Felicia? no lo creo oficial… Felicia vivía sola, y ella se infectó del bicho hace unas semanas, la llevaron grave al hospital la semana pasada...

El policía lo interrumpió.

–Pero ella está allá adentro...

El vecino se encogió de hombros y dijo:

–Felicia murió ayer y la incineraron de inmediato. No hubo ceremonia ni despedida –dijo el vecino–. Si usted no me cree, rompa la puerta y compruébelo usted mismo –y dicho esto, cerró su puerta.

Horas más tarde, el jefe de la delegación de la zona tuvo que firmar, con profundo disgusto, la incapacidad del policía porque yacía en cama con fiebre y profería abundantes delirios.

Agonía

A quienes batallaron contra el virus en un mundo injusto.

La reconocí de inmediato. A esta zorra la conocía desde hace un tiempo atrás. No había ninguna duda de que era ella. Cómo iba a olvidar su cara. Imposible. Se miraba un poco más vieja, pero seguía siendo la misma, por decirlo de alguna manera. Aunque tuviera algunas canas adornando su cabello y esas arrugas a un costado de sus ojos de color avellana, era ella.

Una enfermera la traía acostada en la camilla, la venía empujando a toda velocidad a lo largo del pasillo repleto de pacientes con caras de angustia. Cuando me topé con ellas en la puerta de la sala de urgencias, yo acababa de integrarme al último bloque de mi turno de veinticuatro horas. Estaba exhausta.

–Doctora Aguirre, traigo a esta paciente femenina en estado crítico y necesita respiración artificial –me anunció la enfermera.

–Creo que todavía tenemos un cupo disponible, pero avise a la supervisora de turno que no podemos recibir más gente. Ya estamos rebasados –le respondí a la auxiliar, y dicho esto, bajé la mirada para ver a la paciente.

Soy incapaz de describir con precisión el revoltijo de emociones que tuve en ese instante, pero debo decir que comencé a temblar desde la cabeza hasta los pies. Sentí como un cortocircuito en el pecho.

–Pásela –dije irritada.

Mientras caminaba tras la camilla, el sudor me brotaba a mares debajo de ese maldito traje hermético. El vapor de mi transpiración me empañó los lentes por completo. Me acerqué hasta la camilla y me quedé de pie, tratando de asimilar la situación, todo había ocurrido demasiado rápido.

–¿Se siente bien, doctora Aguirre? –preguntó la enfermera al verme distraída. Yo apenas logré mover la cabeza afirmativamente.

–Voy a cortarle la camisa –dije–. Puede pasarme las tijeras, por favor.

La enfermera fue diligente en alcanzarlas. A la paciente le corté de un solo tirón la blusa amarilla que llevaba puesta. No traía sostén. Sus tiernos lunares dibujados alrededor de sus pechos y hombros quedaron desnudos. Su piel era delicada.

También observé que el tiraje de su respiración, debajo de sus costillas, era bastante pronunciado y el movimiento de su tórax reflejaba una complicación. En ese justo momento la zorra debía estar sufriendo de lo lindo.

Conforme mis lentes protectores se aclararon, pude verla con mayor atención. Sus labios tenían un tenue color púrpura, abría y cerraba sus ojos de color avellana, como implorando misericordia, sus rasgos finos lucían marchitos y su pecho a penas se inflaba. Por primera vez tenía frente a mí a la bastarda de la que mi exmarido se había enamorado hace unos años. Estaba ahí, bella e indefensa. Yo contemplaba intrigada sus labios y su torso desnudo. Era dueña de una deliciosa piel que seguramente mi exmarido había adorado con pasión durante cientos de noches.

De repente, asaltaron mi mente numerosas preguntas: "¿Y esta imbécil cómo se habrá contagiado? ¿Se habrá apresurado a abrir su tienducha exclusiva de flores importadas y alguien le llevó el virus junto con un pedido de girasoles? ¿Mi exmarido la habrá traído hasta acá? ¿Él estará afuera del hospital esperando noticias de ella? ¿O será que también la habrá dejado como a mí por una flor más fresca?".

–¿Doctora, se siente bien? –preguntó otra vez la enfermera.

–Sí –contesté. La zorra jadeaba en la camilla–. Prepare el sedante, por favor, vamos a entubar a la paciente.

Con la dosis de midazolam y cisatracurio no tardó en caer dormida. La enfermera me alcanzó el laringoscopio. Con desprecio le abrí la boca a la paciente para evaluar sus cuerdas vocales. Una vez terminada la inspección, le hice un gesto a la auxiliar para que me pasara el tubo endotraqueal. Nuevamente le abrí la boca y sin ninguna misericordia comencé a insertarlo. Le hacía presión en la frente con la mano izquierda y con la derecha empujaba el tubo por la cavidad bucal. El tubo parecía estar atascado. Primer intento, nada, segundo intento, nada. Comencé a sudar a chorros otra vez y me temblaban las manos.

–Doctora, creo que el tubo debe tener una medida menor.

–Este le queda bien –le dije a la enfermera. Sacudí un poco los hombros para bajar la tensión y volví a forzar el tubo.

Un hilito de sangre comenzó a brotar por un costado de sus labios, pero no me detuve, estaba decidida hacerlo llegar a su lugar. Estaba concentrada, pero alcanzaba a escuchar el balbuceo o el reclamo de la enfermera.

–Doctora, tenga cuidado… Doctora, deberíamos llamar al anestesista para que él lo haga mejor…

Yo seguía presionando el tubo. "Abrí la boca, zorra, abrí la boca como la abrís para otras cosas", pensaba. La enfermera continuaba lloriqueando viendo la escena. Doctora, la está lastimando, doctora, le va a quebrar la tráquea. "Abrí bien la

boca, perra, abrí bien la boca que tu marido debe estar esperándote afuera del hospital". Doctora, usted está cansada, doctora aquí, doctora allá, doctora, doctora, doctora, la va a matar. Pero, aunque me esforcé por matarla no la maté. Calcé muy bien el tubo

en su garganta. Estaba empapada y con los lentes nublados. Exhalé un profundo suspiro.

–Hay que conectarla al respirador y cubrirla con una bata –dije a la enfermera, pero ella no respondió–. Muchas gracias por su apoyo –le expresé antes de alejarme.

Cuando mi turno acabó, me quité el traje, lo rompí, lo lancé a la basura tal y como lo indica el protocolo. Luego me metí a la ducha y debajo de la regadera rompí en llanto. Permanecí ahí un buen rato hasta que me sentí mejor.

Salí del hospital cuando comenzaba a amanecer. Subí al automóvil y conduje despacio con la idea de identificar a mi exmarido. No tardé en encontrarlo recostado adentro de su carro deportivo. Me detuve a un costado y soné el claxon. El abrió los ojos y lució su mejor cara de ingenuo. Ambos bajamos la ventanilla.

–A tu florcita la dejamos estabilizada, cariño. Duerme tranquilo –le dije sin ninguna emoción y luego aceleré el auto antes de que pudiera hablar.

Contenido

El grupo literario **Amate** que desde sus inicios hace más de treinta años ha sido expresión de transparencia democrática en el contexto de la cultura salvadoreña, tanto en nuestra extinta revista **Amate** como en las diversas publicaciones que hemos producido, quiere una vez más en esta coyuntura como una forma de catarsis, compartir la palabra con nuestros lectores con el objetivo de trascender el impacto emocional y asimilar las diferentes aristas que este fenómeno biológico ha ocasionado, sobre todo en el contexto de las truculencias y "trukelencias" que nuestro pequeño país padece en estos momentos en que el nuevo autoritarismo mostrando las pezuñas, pretende aflorar a través de la imposición del miedo, el insulto, la amenaza y la tiranía.

